

INFORME

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED: LAS VÍCTIMAS OLVIDADAS DEL CONFLICTO EN LIBIA

“Al principio nos recibieron con los brazos abiertos, teníamos cierta esperanza. Pero ¿cuánto puede durar esto? Llevamos aquí meses. La gente soporta una enorme tensión. Han perdido a sus familias, han perdido sus pertenencias, sus papeles. Se están volviendo locos y quieren salir de este campamento cuanto antes”.
Emmanuel, 40 años, República Democrática del Congo. Actualmente, en el campo de Shousha (Túnez).

Desde el inicio de la guerra en Libia, más de un millón¹ de civiles han huido del país, la mayoría de ellos cruzando las fronteras con Túnez, Egipto, Argelia, Chad, Níger y Sudán. Otros han atravesado el Mediterráneo hasta llegar a Malta e Italia. Independientemente de su nacionalidad, o de los motivos de su presencia en Libia, estas personas están huyendo de una guerra. Huyen de los combates y de la violencia, y a veces de abusos específicamente dirigidos contra ellos. Son hombres, mujeres, niños y ancianos que escapan para salvar la vida.

Estas víctimas de la guerra buscan refugio donde pueden, con la esperanza de encontrar seguridad. Entre ellos, civiles originarios de Libia pero también de Nigeria, Sudán, Somalia, Eritrea, Bangladesh y al menos otros 20 países más. Estos llamados “ciudadanos de terceros países” por parte de las agencias internacionales son personas que anteriormente ya tuvieron que abandonar sus países de origen para salvar la vida, huyendo de la guerra, la violencia o la pobreza. Muchos de ellos ya se encontraban en una situación enormemente precaria cuando se trasladaron a Libia.

Esta es la historia oculta del conflicto libio. La guerra esta afectando no sólo a los ciudadanos libios, sino también a 2,5 millones de migrantes² que trabajan, viven o están en tránsito en el país. Gracias a su política de fronteras abiertas, Libia fue durante mucho tiempo un destino atractivo para los trabajadores del mundo árabe, del África subsahariana y de otros países en vías de desarrollo. Pero en los últimos diez años, tras convertirse en un socio destacado en la “lucha” contra la inmigración indocumentada a Europa, Libia adoptó un planteamiento más restrictivo frente a la inmigración.

La guerra en Libia no ha cesado. En las últimas semanas se han producido intensos bombardeos aéreos y por tierra en las proximidades de Misrata y Trípoli. En Misrata, el frente se encuentra a pocos kilómetros del centro de la ciudad, mientras que en la zona de las Montañas Occidentales, se está desplazando hacia el norte, hacia zonas más pobladas. Por consiguiente, cada vez es mayor el número de ciudadanos libios que huyen de su país, tal como se observa en los pasos fronterizos con Túnez. En algunas zonas, las poblaciones quedan atrapadas en zona de combates y están sometidas a unas condiciones extremadamente difíciles.

¹ Concretamente, 1.104.027 personas, según el Informe de Situación de la Organización Internacional para las Migraciones (IOM) de 20 de junio de 2011. No obstante, muchos –libios en su mayoría– ya han regresado a Libia.

² Según estimaciones de la IOM, marzo de 2011.

Del millón de civiles que han huido del conflicto, prácticamente 600.000 son migrantes. Al salir de Libia, son clasificados como “ciudadanos de terceros países”³: esta categoría incluye a migrantes que desean regresar a sus países de origen, así como a los refugiados y a los solicitantes de asilo reconocidos como tales. De los 256.700 ciudadanos “de terceros países” que cruzaron la frontera con Túnez, muchos han regresado ya a sus países de origen⁴. No obstante, unas 4.000 personas –principalmente de países del África subsahariana– no pueden o no serán repatriadas por diversos motivos, entre ellos las peligrosas y difíciles situaciones que viven sus propios países de origen⁵. Mientras tanto, 18.000 personas han llegado en barco a las costas italianas desde el inicio del conflicto, la mayoría huyendo de la zona de Trípoli. La mayoría de ellos son también africanos subsaharianos, que arriesgaron sus vidas atravesando el Mediterráneo en pateras abarrotadas de gente y no aptas para navegar tales distancias. De hecho, más de 1.800 hombres, mujeres y niños han perdido la vida en el mar al naufragar sus botes.

Tras varias llamamientos⁶ a los países implicados en la guerra de Libia para que acojan, ayuden y protejan mejor a sus víctimas, Médicos Sin Fronteras (MSF) quiere subrayar la situación actual de las 20.000 personas⁷ que, tras huir de la guerra, se encuentran ahora abandonadas a su suerte en el campamento de Shousha, en Túnez, y en centros de acogida de Italia. Estas víctimas olvidadas del conflicto de Libia afrontan unas condiciones de acogida paupérrimas y una protección insuficiente en los países en los que buscaban cierta seguridad. Tomando como base la experiencia de MSF en la atención a estas personas en Túnez e Italia, este documento informativo ilustra las terribles consecuencias de esta situación en su salud y en sus vidas, y señala la urgente e inmediata necesidad de una protección más eficaz y de una respuesta humanitaria más contundente.

LA RESPUESTA DE MSF

Desde el inicio de las hostilidades en febrero, MSF ha proporcionado asistencia médica urgente y gratuita a las personas afectadas por el conflicto de Libia (en Bengasi, Misrata, Zintan y Yefren), así como a aquellas que han huido a Túnez (campamento de Shousha, y en Ramada, Dehiba y Tataouine) y a Italia (en Lampedusa y Mineo, Sicilia). MSF intenta en la actualidad acceder a la región de Trípoli, donde las necesidades humanitarias siguen sin tener respuesta.

En el campamento tunecino de Shousha, situado en la frontera con Libia, los equipos de MSF proporcionan atención primaria de salud y de salud mental. Este último programa comenzó sus actividades a principios de marzo, tras constatar que muchas personas habían sido testigo o habían sufrido directamente la violencia en el transcurso de su huida de Libia. Además, miles de solicitantes de asilo y refugiados subsaharianos son supervivientes de la persecución y de los maltratos sufridos en Libia con anterioridad al conflicto, y padecen graves problemas de salud mental.

En la isla italiana de Lampedusa, MSF realiza exámenes médicos a las personas que llegan, y garantiza el seguimiento médico de las que se encuentran en los centros de detención de la isla. Desde febrero a junio de 2011, MSF atendió en Lampedusa a 15.000 personas huidas del conflicto de Libia. Se realizaron casi 1.800 consultas sólo en los puntos de llegada.

³ Emigrantes que cruzaron la frontera de Libia en dirección a un país distinto al de su país de origen.

⁴ IOM y sus socios han prestado hasta ahora ayuda a 149.319 personas para que puedan regresar a su país de origen (Informe de Situación de la IOM, 24 de junio de 2011).

⁵ A fecha de 19 de junio de 2011, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) había registrado 980 refugiados y 1.339 solicitantes de asilo reconocidos.

⁶ “Italia: miles de personas que huyen de la violencia en el norte de África se encuentran en condiciones inaceptables”: <http://www.msf.es/noticia/2011/italia-miles-personas-que-huyen-violencia-en-norte-africa-se-encuentran-en-condiciones>; “Europa debe aceptar la entrada de civiles que huyen de la guerra en Libia”: <http://www.msf.es/noticia/2011/europa-debe-aceptar-entrada-civiles-que-huyen-querra-en-libia>; “Carta abierta acerca de los civiles que huyen de Libia hacia Europa”: <http://www.msf.es/sites/default/files/adjuntos/Libia-Carta-abierta-Zapatero-El-Pais.pdf>.

⁷ El 18 de junio de 2011, 3.647 personas se encontraban en el campamento de Shousha, mientras que 16.847 personas habían llegado a Italia procedentes de Libia desde el inicio del conflicto.

MSF proporciona también atención de salud mental en el centro de acogida de Mineo, Sicilia, al que, desde marzo de 2011, han sido trasladados unos 2.000 solicitantes de asilo de diversas nacionalidades. Asimismo, MSF supervisa estrechamente las condiciones de vida y el acceso a la atención sanitaria de los refugiados, de los solicitantes de asilo y de los migrantes en los centros de acogida y de detención situados en la península italiana.

PÉSIMAS CONDICIONES PARA QUIENES HUYEN A TÚNEZ E ITALIA

En Italia y en Túnez, los refugiados y los solicitantes de asilo se encuentran ahora confinados en campamentos y centros temporales durante un periodo de tiempo indefinido y con una libertad de movimientos enormemente reducida. Las instalaciones y los servicios temporales existentes no están equipados para largas estancias, y el confinamiento en estos centros recuerda mucho a las condiciones de una detención.

Esta situación está afectando gravemente a la salud mental y física de las personas más vulnerables, es decir de los menores no acompañados, los niños en general, las mujeres embarazadas y las víctimas de torturas, violencia o tráfico humano. Tanto en los centros tunecinos como en los italianos, la acomodación existente es inadecuada para una estancia superior a unos cuantos días, y para los más vulnerables, es absolutamente insufrible.

El campamento de Shousha se encuentra en pleno desierto, expuesto a altas temperaturas y frecuentes tormentas de arena, lo que dificulta enormemente la vida diaria. La higiene sigue siendo una enorme preocupación ya que las letrinas y las duchas son insuficientes y la gestión de desechos es inadecuada. En el campamento no hay acceso a la atención secundaria de salud, y las referencias a instalaciones fuera del recinto son controladas por el sistema sanitario militar tunecino. MSF trabaja actualmente para mejorar el sistema de las referencias hospitalarias.

Desde finales de mayo, los equipos de MSF proporcionan atención primaria de salud en el campamento de Shousha ya que un gran número de refugiados sufren lesiones (fracturas o heridas por arma de fuego o arma blanca) como consecuencia de los violentos enfrentamientos ocurridos en el campamento en mayo.

Actualmente, las patologías más frecuentes –diarrea, enfermedades de la piel, infecciones del tracto respiratorio– son el resultado directo de las paupérrimas condiciones de vida en el campamento y de la masificación. También son frecuentes enfermedades crónicas tales como diabetes e hipertensión. MSF está ampliando sus actividades médicas para responder mejor a las necesidades médicas de la población del campamento.

En las últimas semanas, y por segunda vez en los últimos dos meses, un equipo de MSF valoró las condiciones de vida en diversos centros temporales y en los Centros de Rescate y Asistencia Primaria (CSPA) de Sicilia (en Rosolini, Pozzallo, Porto Empedocle, Pantelleria y Cagliari). Aunque no todos estos complejos tienen una situación legal oficial, por ley los solicitantes de asilo pueden permanecer un máximo de 48 horas en los CSPA o en los centros temporales. Sin embargo, en el momento de finalizarse este informe, a finales de junio, los equipos de MSF comprobaron que algunos refugiados y solicitantes de asilo llevaban hasta 40 días en estos centros.⁸

En varias de las instalaciones visitadas, los servicios eran prácticamente inexistentes, con un reducido acceso a la atención sanitaria básica, sin intérpretes, sin asesoramiento jurídico, sin información ni teléfonos disponibles para los allí abandonados a su suerte. Mujeres embarazadas y personas con problemas médicos duermen en colchones en el suelo, mientras que el alojamiento separado para mujeres solas o familias es prácticamente inexistente.

En Lampedusa, los más vulnerables –mujeres embarazadas, menores no acompañados y víctimas de torturas y de violencia sexual– quedan sistemáticamente confinados en centros cerrados. En el momento

⁸ Algunas personas están confinadas en Rosolini, Sicilia, desde el 6 de mayo de 2011 sin que se haya tomado decisión alguna respecto a su situación.

de elaborar este informe, 450 menores no acompañados permanecían en centros temporales y de acogida en Sicilia (Pozzallo, Porto Empedocle, Mineo, Caltanissetta) y, debido a la inexistencia de unas estructuras adecuadas para albergarles, más de 300 menores no acompañados llevan semanas encerrados en centros temporales de Lampedusa, 80 de ellos durante más de 30 días. Estas prácticas están en flagrante contradicción con las normas europeas e internacionales.⁹

Dado que no existe un esfuerzo evidente para ofrecer alojamiento separado para mujeres y hombres, MSF ha advertido a las autoridades sobre el riesgo de abuso sexual en los centros de Lampedusa. Desgraciadamente, este riesgo se confirmó con los primeros casos de violencia sexual el 18 de junio. MSF ha pedido en numerosas ocasiones que se tomen medidas sustanciales para mejorar las condiciones de acogida y de vida para las personas que huyen de Libia a Italia. A pesar de las repetidas reuniones mantenidas con las autoridades italianas en los últimos dos meses, las condiciones en los centros de acogida y los centros temporales no han mejorado; de hecho, han empeorado, ya que cientos de personas continúan huyendo de Libia cada día.

La seguridad se ha convertido en una preocupación cada vez mayor. En el campamento de Shousha, la noche del 22 de mayo se produjo un incendio en el campamento que causó la muerte de cuatro refugiados y la destrucción de 20 tiendas de campaña. Este suceso fue seguido por manifestaciones y enfrentamiento violentos en el interior del campamento, que afectaron a los residentes locales, y que desembocaron en la muerte de seis personas y en docenas de heridos. MSF atendió 35 casos de traumatismo violento y varios refugiados hubieron de ser hospitalizados. También ardieron doscientas tiendas de campaña.

“Desde que llegué a Mineo, lo único que hago es caminar en círculo. Es como si estuviéramos en una cárcel. Durante dos meses nos dijeron que nos darían pronto nuestros papeles, pero no fue así. El tiempo pasa y no sé si mi familia puede comer o sobrevivir sin mí. No puedo dejar de pensar en ellos y eso me pone enfermo. A veces estoy tan preocupado que no tengo ni ganas de comer.”

Abdul, 42 años, Níger. Actualmente, en el centro de Mineo (Sicilia).

En el campamento de Shousha y en el centro de Mineo, el procedimiento para determinar quién merece el estatus de refugiado es largo y poco transparente debido a la falta general de información. En Mineo, a pesar de unas condiciones de vida razonables, estallaron disturbios el 20 y el 21 de junio, dirigidos contra la Comisión Territorial de Asilo Político, que sólo gestiona una solicitud al día, en un centro que alberga a 1.800 personas, la mayoría de las cuales se muestran totalmente desesperadas ante la idea de pasarse años en estas instalaciones. En el campamento de Shousha, algunos han recibido citas para las entrevistas para la determinación de su estatus de refugiado para fechas tan lejanas como febrero de 2012.

CIUDADANOS “DE TERCEROS PAÍSES” ATRAPADOS EN TRÁNSITO

Debido a la expansión de sus actividades médicas y de salud mental, los equipos de MSF han podido escuchar los relatos de migración de muchos pacientes. La mayoría han tenido que atravesar el desierto del Sáhara en condiciones extremas, sin pertenencias y con muy poca agua y comida. Algunos han sido víctimas de violencia en sus países de origen; otros han sido testigos de las muertes de aquellos que no consiguieron llegar a Libia.

Para algunos, la vida en Libia antes de la guerra ya era horrible. La mayoría de los que buscan atención psicológica en el campamento de Shousha habían sido encarcelados en Libia antes de la guerra, por no

⁹ La Directiva del Consejo Europeo establece unas normas mínimas para la acogida de los solicitantes de asilo (2003/9/EC), al igual que la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Niños.

tener documentación en regla o por haber sido devueltos cuando intentaban llegar a Europa.¹⁰ Estos pacientes han narrado experiencias de tratamiento inhumano, condiciones degradantes, violencia, extorsión y abuso sexual en las cárceles y en los centros de detención libios. Muchos huyeron de la guerra cuando la OTAN empezó a bombardear Libia. Todas estas experiencias traumáticas siguen afectando a sus vidas diarias, y más ahora que están atrapados en la incertidumbre de los campamentos y de los centros de acogida.

"Me pasé cuatro meses en una prisión de Libia. Me golpeaban cada día. Durante tres semanas no pude ni mantenerme en pie. Todavía tengo las heridas. Tuve que enterrar a siete personas, entre ellas tres chicas embarazadas. Si no lo hacías, te echaban vivo a la fosa con los cadáveres."

Abdul, 23 años, Costa de Marfil. Ahora en el campo de Shousha (Túnez).

"Cuando Trípoli fue bombardeada por las fuerzas de la OTAN, no tuve más remedio que huir de nuevo."

Elias, 23 años, Etiopía. Ahora en el campo de Shousha (Túnez).

Según un psicólogo de MSF que trabaja en el campamento de Shousha, se espera un aumento de la incidencia de problemas de salud mental. "Nuestros pacientes están abandonados a su suerte en un campamento; han sufrido muchísimo y la situación no mejora en absoluto. Debido a la desesperación en la que viven, su ansiedad se ve reactivada por la situación actual, con pacientes hundidos en un ciclo vicioso de sufrimiento psicológico. Algunos pacientes recuerdan los momentos en que fueron torturados y experimentan un dolor físico auténtico."

"Aquí sufrimos. Las condiciones de vida son difíciles. Queremos trabajar, queremos vivir y queremos seguir adelante. Pero aquí no hay nada. No podemos seguir mendigando. Esto es lo que hacemos aquí... hacemos cola para mendigar comida."

Emmanuel, 40 años, República Democrática del Congo. Ahora en el campo de Shousha (Túnez).

Las actividades de salud mental de MSF en el campamento de Shousha revelan que la mayoría de las personas sienten inseguridad por el presente y el futuro, así como ansiedad y síntomas afines relacionados con su pasado. El personal de MSF ha conocido testimonios sobre refugiados y migrantes atacados, víctimas de robos, golpeados e incluso asesinados en las calles de Libia. Vulnerables e indefensos, muchos quedaron atrapados cuando empezaron los combates y tuvieron que contar con la ayuda de otros para poder escapar.

Algunos fueron evacuados por organizaciones internacionales, pero a la mayoría no les quedó más remedio que recurrir a contrabandistas, lo que significó poner sus vidas una vez más en manos de otros y esperar sobrevivir a la experiencia. La mayoría de los refugiados llegaron a la frontera tunecina con prácticamente nada, y algunos estaban heridos o necesitaban atención médica urgente. Otros habían sido liberados de los centros de detención de Libia al comienzo del conflicto, cargados en camiones sin comida ni agua y trasladados a la frontera con Túnez.

A los que llegaron a Italia, la incertidumbre sobre sus derechos y el reconocimiento de su estatus de refugiados o de solicitantes de asilo en este país les está causando un sufrimiento añadido, al igual que la falta de información sobre las posibilidades de reconstruir pronto sus vidas.

¹⁰ El término 'devueltos' se refiere a la práctica de interceptar los botes que transportan migrantes, refugiados y solicitantes de asilo político, y redirigirlos nuevamente hacia Libia, tal como se establece en un tratado entre Italia y Libia, el *Tratado de Amistad, Colaboración y Cooperación entre la República Italiana y la Gran Yamahiriya Árabe Libia Popular y Socialista*, firmado el 30 de agosto de 2008.

“En Mineo todos los días son iguales. No nos dan información; no tenemos nada que nos mantenga ocupados. Me pregunto por qué sigo viviendo. Si muriera, creo que nadie me echaría de menos. Dormimos, nos levantamos, comemos tres veces al día. Estamos bien. Pero no sabemos que sucederá. Nos limitamos a estar aquí. Mi futuro empezará cuando pueda pensar ‘Quiero hacer esto o lo otro’. Pero por ahora, no lo sé.”

Akin, 34 años, Nigeria. Ahora en el centro de Mineo (Sicilia).

MSF ya ha subrayado, en numerosas ocasiones,¹¹ la extrema vulnerabilidad a la violencia y al abuso de los refugiados y migrantes durante la actual guerra libia. Sin servicios de atención médica y psicológica a largo plazo, y a menudo con meses de detención por delante, los refugiados y migrantes corren el riesgo ver agravada su vulnerabilidad, y con ello su capacidad no sólo de sobrellevar unas condiciones de acogida paupérrimas, sino también de solicitar asilo y protección legal.

MSF exige nuevamente a las autoridades nacionales y a las organizaciones internacionales responsables de la acogida, asistencia y protección de estas personas vulnerables que consideren sus necesidades a largo plazo. Las víctimas de violencia, tortura y violencia sexual deberían ser rápidamente reconocidas como tales; deberían ser alojadas como corresponde y debería proporcionárseles acceso al tratamiento pertinente, incluida la atención médica y atención en salud mental.

LA INSUFICIENTE RESPUESTA OBLIGA A LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA A HUIR DE NUEVO

Las recientes experiencias traumáticas de los residentes en el campamento de Shousha exacerbaron un sentimiento de desesperación que muchos ya tenían. Aunque la mayoría de aquellos que llegaron a Túnez en marzo se sintieron al principio aliviados por haber podido escapar de Libia, continúan enfrentándose a unas condiciones de vida infrahumanas y ahora temen por su seguridad y por su futuro. Muchos han decidido regresar a Libia o intentar cruzar el Mediterráneo para llegar a Lampedusa, y están dispuestos a arriesgar sus vidas de nuevo en un intento desesperado por encontrar un refugio mejor. Ahí entran de nuevo en juego las mafias de tráfico de personas, que pasan a los migrantes de Shousha de nuevo a Libia.

“Dado que no tienen ninguna perspectiva a la vista, un número cada vez mayor de personas regresa a Libia, dispuestas a arriesgar sus vidas de nuevo en un intento desesperado de buscarse un futuro mejor. Docenas de personas abandonan diariamente el campamento de Shousha para regresar a Libia. Lo abandonan durante el día para llegar al otro lado de la frontera antes de que oscurezca. Esto nos preocupa muchísimo”, afirma Mike Bates, jefe de misión de MSF en Túnez.

Los equipos de MSF en Lampedusa han conocido a varias personas que han pasado por el campamento de Shousha antes de partir para Italia. Un nigeriano hizo su primer intento de llegar a Italia en patera con su mujer y dos hijos el 6 de junio. Los tres murieron ahogados en el Mediterráneo, junto con otras 150 personas. Él consiguió sobrevivir, regresó a Túnez y finalmente llegó sólo a Lampedusa el 11 de junio.

Los supervivientes de las pateras que fracasaron en su intento de cruzar el Mediterráneo son trasladados a los campamentos de Ras Ajdir, acumulándose cada vez más gente en instalaciones de tránsito ya hacinadas.

¹¹ Ver nota al pie 6.

"Estuve un mes en Shousha. ¿Dónde voy? No puedo regresar a mi país y no puedo vivir en este desierto. Esta es nuestra vida: somos jóvenes y estamos hacinados aquí sin hacer nada. Debo intentarlo de nuevo."
Elias, 23 años, Etiopía, uno de los nueve supervivientes del naufragio de un pequeño barco de pesca con 72 pasajeros a bordo ocurrido en abril. Ahora en el campo de Shousha (Túnez).

CONCLUSIÓN

Aunque MSF intenta aliviar las repercusiones de unas condiciones de acogida y de vida inadecuadas en Túnez e Italia, los combates en Libia continúan forzando la huida de los civiles. Mientras tanto, tal como denunció MSF en una carta abierta el 19 de mayo, los Estados miembros de la Unión Europea, implicados en esta guerra, están restringiendo los controles de sus fronteras y aplicando medidas de detención y expulsión.

En nombre de la lucha contra la 'inmigración ilegal', y por miedo al 'efecto llamada', los Estados europeos niegan a los refugiados y a los solicitantes de asilo la protección y el trato humano al que tienen derecho, y los condenan a una situación de incertidumbre que aumenta su sufrimiento. Como ilustración de esta política irresponsable e inhumana, Italia ha renovado, con el Consejo Nacional Provisional su anterior acuerdo de colaboración con Libia¹², reabriendo así la posibilidad de interceptar y devolver a la 'gente de las pateras' –incluidos los solicitantes de asilo y los refugiados– a una Libia desgarrada por la guerra y a un destino incierto.¹³

La llegada de civiles en pateras a las costas italianas no constituye una "inmigración ilegal", sino una huida por la supervivencia, la seguridad y la protección. La 'responsabilidad de proteger', esgrimida para justificar la intervención militar en Libia, no se detiene en las fronteras de este país, y se aplica también a todos los civiles, incluidos los refugiados y los migrantes que vivían, trabajaban o transitaban por Libia y que son víctimas directas del conflicto. Y de hecho los 'ciudadanos de terceros países' que buscan refugio en Túnez o Italia son las víctimas más vulnerables e invisibles de esta guerra.

MSF recuerda a todas las partes beligerantes y a los países vecinos su obligación, según la legislación internacional, de no devolución y su responsabilidad de mantener abiertas sus fronteras y ofrecer protección internacional a los posibles refugiados y solicitantes de asilo mediante la simple medida de garantizar a quienes huyen de Libia el permiso de entrada o de permanencia en sus territorios. Las paupérrimas condiciones de acogida y la falta de protección no deberían en ningún caso convertirse en un obstáculo buscado para disuadir a los refugiados y los solicitantes de asilo en su búsqueda de seguridad.

Después de quedar atrapados en Libia, los ciudadanos extranjeros se encuentran ahora atrapados en campamentos y centros, viviendo en condiciones precarias y sin perspectivas de futuro. Tras arriesgarse a abandonar sus países de origen en busca de seguridad y supervivencia en Libia, esta nueva incertidumbre les obliga a seguir adelante, a buscar refugio en otra parte e incluso a regresar a una Libia desgarrada por la guerra, donde son los más vulnerables a la violencia.

MSF reitera su llamamiento a los países implicados en la guerra de Libia, así como a Naciones Unidas y a la Unión Europea, para que asuman sus responsabilidades y adopten medidas urgentes para mejorar las condiciones de acogida y de vida de todas las personas que huyen de este conflicto, y garanticen su salud y su dignidad humana dondequiera que busquen refugio.

¹² Véase Memorando de Comprensión entre Italia y el Consejo Nacional Provisional, firmado el 17 de junio de 2011, así como el comunicado de prensa de MSF.

¹³ El 23 de junio de 2011, MSF denunció los términos de este acuerdo, que constituyen un incumplimiento de la obligación internacional de no devolución, en un comunicado de prensa: <http://www.msf.es/noticia/2011/msf-condena-repatriaciones-personas-que-huyen-querra-en-libia>

TESTIMONIOS RECOGIDOS EN EL CAMPO DE SHOUSHA (TÚNEZ). Junio de 2011.

Fotografías: Todas © Eric Bouvet/ VII Network

Disponibles en alta para descarga en <https://www.yousendit.com/download/MFo3eEVIUzdJMHV4dnc9PQ>



Moussa, 17 años, República Centroafricana. Su familia fue asesinada tras un golpe de Estado. En Libia trabajaba para un hombre que se negó a pagarle cuando decidió irse. “Como reclamé mis derechos, me metieron en la cárcel, donde permanecí dos años hasta que estalló la guerra. He sufrido mucha violencia”.



Mohamed Izel, 22 años, República Centroafricana. Toda su familia fue asesinada hace 10 años. Trabajaba en Libia cuando la guerra empezó. “Escapé junto a cientos de africanos subsaharianos. Cuando huíamos de los combates, los militares nos obligaron a recoger los cadáveres en las calles”.



Elias, 23 años, Etiopía. Perteneciente a la etnia oromo, un grupo étnico perseguido en el sur de Etiopía, abandonó su país en 2007. “Como la OTAN bombardeaba Trípoli, no tuve más remedio que huir de nuevo”. Es uno de los nueve supervivientes de una pequeña barca de pesca que intentó cruzar el Mediterráneo con 72 personas a bordo.



Shishay, 31 años, Eritrea. Era estudiante cuando fue reclutado a la fuerza por el ejército. Justo después de su llegada a Libia en 2009, fue encarcelado. “Cuando se desataron los disturbios, conseguí llegar hasta Túnez. He perdido a muchos amigos que intentaban llegar a Lampedusa en barca. No puedo regresar a mi país”.



Emmanuel, 40 años, República Democrática del Congo. Huyó de la guerra en su país. “Cuando estalló el conflicto en Libia, estuve en prisión debido a mi situación irregular. Durante mi huida, me quitaron los papeles, el dinero, todo. Queremos trabajar, vivir, salir adelante. No podemos seguir mendigando en el campo”.



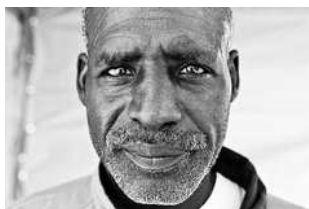
Daniel, 44 años, Burkina Faso. En Libia trabajaba en la construcción. Fue objeto de repetidos abusos a manos de sus jefes. Cuando intentaba cruzar la frontera con Chad, fue arrestado. “Un día los reclusos nos rebelamos. Algunos murieron, a otros se los llevaron los guardas y no volvimos a verles nunca más”.



Christian, 27 años, Zimbabue. Perdió a su novia, a su hermano y a tres amigos en su huida de Libia. “Cuando nos dirigíamos a Italia en una embarcación con 800 personas a bordo, estuvimos perdidos durante seis días, sin comida ni agua. Mucha gente murió. Lo perdí todo; necesito mantenerme ocupado para dejar de pensar”.



Silue, 24 años, Costa de Marfil. Dejó su país huyendo de la violencia y cruzó el Sáhara. Sobrevivió. “La gente moría de deshidratación. Para sobrevivir, tuvimos que beber nuestra propia orina”. Nada más entrar en Libia, fue arrestado y pasó 16 meses en la cárcel. “Era como una pesadilla hecha realidad. Cada día la gente moría ante mis ojos”.



Souleyman, 49 años, Chad. Huyó de la violencia en su país, cruzando a Libia a mediados de la década de los noventa, después de que su familia fuera asesinada. “Sufrí mucha violencia. Tengo muchas lesiones”. Llegó a al campo de Shousha en marzo con lo puesto. “Muchas personas han preferido regresar a Libia en lugar de quedarse aquí”.



Stephen, 27 años, Nigeria. Era futbolista profesional. “Ahorré dinero y emprendí el viaje en 2008, en busca de oportunidades.” En Libia, siguió el Mundial de Fútbol de 2010 a través del móvil. Ahora Stephen trabaja como voluntario para MSF en Shousha, y organizó un torneo de fútbol entre las comunidades del campo.



Elvis, 23 años, Nigeria. Dejó su país en 2008 huyendo de la represión en la región petrolífera del Delta. “Cuando la ONU nos comunicó que nos repatriaba a Nigeria, mi hermana se trastornó. Intenté aconsejarle que no regresara a Libia, pero se fue atravesando el desierto. Quería cruzar el Mediterráneo. Mis amigos me dijeron que había muerto”.



Mawahip, 20 años, Sudán. Estudiaba Medicina y trabajaba en una compañía comercial en Trípoli. Cuando empezó la guerra, “los aviones no dejaban de bombardear la ciudad. La gente moría por todas partes. Los africanos ya no podían salir a la calle porque a los negros se les consideraba mercenarios”.



Ahmed, 26 años, y su esposa Deka, 20 años, Somalia. Escaparon de la guerra en su país y llegaron a Libia en busca de una vida mejor. “Un día, la policía vino a nuestra casa y nos arrestó. Mi mujer pasó su embarazo en la cárcel. Llegamos a Shousha en marzo. No podemos encontrar comida ni leche para Mariam, nuestra hija que apenas tiene unos meses.”



Walid, 30 años, musulmán de Sudán, y Akemeneshe, 35 años, cristiana de Etiopía. Se conocieron en Libia en 2010 y se casaron. “Tuvimos que huir en marzo. Tomamos un autobús de Trípoli a Túnez, junto con cientos de africanos. Por el camino, los militares libios se quedaron con todo lo que teníamos.”



Abdelmalik, 39 años, Sur de Sudán. “No sé lo que voy a hacer, no sé lo que me depara el futuro. No puedo regresar a mi país porque allí mi vida corre peligro. Estoy buscando un lugar donde poder vivir en paz”.



Baraka, 38 años, Darfur (Sudán). Resultó herido durante el conflicto en su país y huyó a Libia. “Vivía en Trípoli cuando estalló la guerra. Las calles se convirtieron en un lugar peligroso, sobre todo para los extranjeros. La gente se convirtió en blanco de los francotiradores”.



Yacin, 31 años, Eritrea. Fue reclutado forzosamente por el ejército cuando cumplió los 18 años. Permaneció en las Fuerzas Armadas durante dos años. Resultó herido y huyó a Sudán antes de llegar a Libia. “Vivimos una vida miserable aquí en Shousha, pero no puedo regresar a mi país ni tampoco a Libia”, explica.



Mahamad, 28 años, Bangladesh. “Cuando la guerra empezó en Libia, la gente tuvo que abandonar sus casas, sus trabajos, sus vidas, para huir de los constantes bombardeos. Llevamos cuatro meses aquí, abandonados a nuestra propia suerte. Las condiciones de vida tienen que mejorar mucho si la gente tiene que quedarse aquí mucho más tiempo”.



Martin, 39 años, Sudán. “Llegué al campo de Shousha el 23 de marzo. La vida aquí resulta cada vez más difícil, especialmente desde los incidentes de mayo, la quema de tiendas y los violentos enfrentamientos. Espero poder conseguir el estatuto de refugiado. Estoy esperando”.



Abubakar, 51 años, Eritrea. “Soy escritor, escribo poemas, historias cortas y novelas. En Libia conocí a escritores de allí. Éramos como hermanos. Pero la guerra ha cambiado la vida de la gente. A los extranjeros se les miraba de otra forma cuando la guerra empezó. Los últimos meses fueron muy malos”.

Videocomunicado con testimonios en el campo de Shousha (junio de 2011) en:

<ftp://77.240.125.76>

usuario: msfocbacom

passwd: GG7g5g5u76

Carpeta “Libia Shousha Historias de Refugiados”

Fotografías y testimonios (pg. 10, 11, 12) disponibles en

<https://www.yousendit.com/download/MFo3eEVIUzdJMHV4dnc9PQ>

Todas © Eric Bouvet/ VII Network

Para más información:

Cecilia Furió – 91 758 09 93 / 646 017 307 / cecilia.furio@madrid.msf.org

Fernando Calero – 91 758 09 97 / 630 536 419 / fernando.calero@madrid.msf.org